



Commitment with society in our DNA

Title in Spanish: *El compromiso con la sociedad en nuestro ADN*

Antoni Esteve Cruella¹

¹Presidente de FarmaIndustria

An Real Acad Farm Vol. 81, Nº 4 (2015), pp. 293-296

Received: November 21, 2015 **Accepted:** December 14, 2015

Language of Manuscript: Spanish

Querido presidente, querido Antonio, estimados Académicos, apreciados todos.

Muy buenas tardes y muchas gracias por acompañarme hoy aquí, en esta magnífica Real Academia, para compartir esta reflexión sobre la responsabilidad y el compromiso social de la industria farmacéutica, tanto de las compañías, como de la asociación patronal Farmaindustria, que me honro en presidir.

El ácido desoxirribonucleico, el popular ADN, es una molécula que, como todos aquí bien sabéis, forma parte de las células y contiene la información genética responsable del desarrollo y funcionamiento de los organismos. Es el código que determina qué somos y cómo nos comportamos. Todos los seres vivos, sin excepción, respondemos a la información que contiene nuestro ADN.

Por extensión, en la sociedad contemporánea, hemos empezado también a aplicar este concepto genético a las organizaciones humanas y, así, hablamos del ADN de un colectivo, de una empresa o de un territorio, por ejemplo, para referirnos a los valores que los inspiran o las características que los definen.

Nuestro sector, la industria farmacéutica, tiene igualmente una identidad definida, un ADN caracterizado por su apuesta por la innovación y el conocimiento, y por la búsqueda de soluciones a enfermedades y problemas de salud no resueltos; y es precisamente este perfil lo que nos otorga una responsabilidad sobreañadida y, en muchas ocasiones, hasta desconocida, y que hoy me gustará recordar.

En ese núcleo de lo que somos, tiene también un lugar destacado el compromiso empresarial con la sociedad en la que nuestras compañías desarrollan su actividad y con la que se relacionan, un compromiso que modula nuestra tarea diaria y nos hace más honestos, más sensibles, más eficaces y, por tanto, mejores.

Hay que decir bien alto que la industria farmacéutica innovadora está comprometida con la salud y con el bienestar de los ciudadanos, con la calidad del sistema sanitario, su estabilidad y sostenibilidad, pero también con el desarrollo industrial, innovador y exportador, en definitiva, en hacer del nuestro un país más rico y competitivo económica y socialmente hablando.

Y todo ello, no lo olvidemos, sobre la base de

investigar y desarrollar nuevos medicamentos que puedan aportar soluciones para la salud de los pacientes, bien en términos de curación de una enfermedad, bien en ganancia de calidad de vida, o bien en ahorro de sufrimientos para la persona afectada y sus familiares.

¿Hay mayor compromiso social que ese, que esa apuesta por proteger el bien más apreciado del que disfrutamos los seres humanos, que es la vida? En mi opinión, la respuesta es claramente no. La actividad de la industria farmacéutica no podría ser más satisfactoria: posibilitar a los pacientes fármacos innovadores que puedan curar sus enfermedades o, en su defecto, mejorar sus condiciones de vida.

Y desde luego, y en contra de alguno de estos mitos sobre nuestra actividad que tanto proliferan, no nos limitamos a investigar y desarrollar nuevos productos sólo en aquellas patologías más prevalentes en las sociedades occidentales y que, por tanto, más enfermos podrían utilizar y, consecuentemente, mayor beneficio podrían reportar a nuestras empresas.

Bien al contrario, en las últimas décadas esta industria ha redoblado sus esfuerzos en la búsqueda de alternativas terapéuticas para las enfermedades raras, las menos frecuentes, las que afectan a menos de una de cada 2.000 personas. Este tipo de dolencias son ya el grupo terapéutico con mayor número de proyectos de I+D en nuestras compañías, con más de 1400 fármacos en desarrollo, sólo en Europa, en la actualidad.

Tampoco nos centramos tan solo en solucionar los problemas del primer mundo, los de aquellas sociedades económicamente potentes y con capacidad para sufragar elevados gastos sanitarios. Una de cada siete personas en el mundo sufre alguna enfermedad de las denominadas desatendidas, y la inmensa mayoría de ellas vive en países en vías de desarrollo.

La industria farmacéutica innovadora lleva miles de millones de euros invertidos en este ámbito, con actualmente más de 150 proyectos en desarrollo para lograr nuevos medicamentos y vacunas, el 86% de los cuales son proyectos compartidos con el sector público, organismos internacionales u ONGs.

De hecho, nuestra federación internacional, la IFPMA, promueve activamente partenariados con instituciones

públicas, como la OMS, para garantizar el esfuerzo continuado en esta labor, aún reconociendo –seamos modestos- el largo camino que nos queda por recorrer.

En los países desarrollados, como es el caso de Europa, la expectativa de vida ha crecido considerablemente en los últimos 65 años, y continúa creciendo, siendo precisamente España el país con mejores índices de longevidad, ya por encima de los 80 años, tanto en hombres como en mujeres. Si nos preguntamos qué papel han tenido los nuevos medicamentos en la mejora de esa mayor longevidad de los ciudadanos, más allá del diagnóstico precoz y hábitos de vida –ganando la batalla en patologías como el cáncer, por ejemplo-, debemos convenir que los fármacos hoy disponibles han contribuido muy notablemente a ese progreso, aumentando tanto la esperanza como la calidad de vida.

Y ello es igualmente aplicable a otras enfermedades que hoy todavía tienen un mal pronóstico, precisamente por no disponer de medicamentos eficaces y seguros, pues se estima que existen 16.000 proyectos en curso, de los que el 80% están dirigidos a enfermedades hoy sin tratamiento, como son algunas enfermedades neurológicas degenerativas, cáncer, enfermedades infecciosas o bien inmunológicas, sin olvidar aquellas de origen genético, en las que las ciencias ómicas tanto están ya aportando y suponen un nuevo paradigma en la farmacología contemporánea.

Repito, la industria farmacéutica tiene grabado a fuego en su ADN la apuesta por la innovación, por la búsqueda de lo desconocido, por la generación de nuevos hallazgos y conocimientos, en definitiva, por el progreso. Nuestras plantas de producción y centros de I+D son auténticas fábricas del saber, el conocimiento es nuestra habilidad competitiva.

Pero para alcanzar niveles de conocimiento competitivos, tal como están avanzando las ciencias biomédicas, es absolutamente necesario abrimos y traer colaboraciones, acceder inteligentemente a focos de sabiduría, complementar nuestras propias habilidades con las de otros especialistas, buscar continuamente la excelencia en aquellas ciencias que no están, ni estarán ya jamás, a nuestro alcance, pues el desarrollar un fármaco innovador con mínimas garantías de éxito, exige, sobretudo, de esa excelencia durante el complejo y, cada vez más multidisciplinar, proceso de desarrollo y creación de un compendio científico exigido por las autoridades regulatorias sanitarias de todo el mundo para validar la innovación farmacológica; y, evidentemente, esa excelencia no es alcanzable por una sola institución, por potente que esta sea.

Esa vocación por la investigación es costosa, ardua y prolongada. Somos el sector industrial más intensivo en investigación, por delante de cualquier otro, tanto en términos relativos, respecto a su cifra de negocio, como en términos absolutos, por delante de sectores tan importantes como el de la automoción.

Me gustaría, en este sentido, hablar de España, y resaltar que de la inversión en I+D de nuestras compañías

–casi 1.000 millones de euros en 2014-, cerca de 400 millones (un 40% del total) se destinaron a proyectos colaborativos con hospitales, universidades y otros centros de excelencia, lo que denominamos I+D extramuros, una investigación más colaborativa, más abierta y, por tanto, más competitiva. En España disponemos de un sistema sanitario de alto nivel, con excelencias profesionales y equipos, probablemente de los mejores de Europa, que debemos seguir promoviendo, y ello exige un flujo constante de innovación, conocimiento, para continuar ganando en eficiencia y calidad.

Nuestro sector representa un verdadero pilar de ese modelo, promovemos la innovación abierta, generamos corrientes positivas de conocimiento hacia nuestro sistema, implicamos a profesionales e instituciones y, posteriormente, promovemos su internacionalización mediante la participación activa en proyectos multinacionales, creando un ciclo virtuoso, favoreciendo la creación de ecosistemas atractivos para la innovación y de los que todos nos beneficiamos, y muy especialmente los pacientes. Hoy, como había sido habitual en el pasado, ya no es necesario, ni recomendable, ir al extranjero para un segundo diagnóstico o tratamiento, lo mejor está aquí, en España, y nos sentimos absolutamente orgullosos de ayudar desde nuestro sector a hacerlo posible.

Buen ejemplo de esa vinculación entre sectores son nuestras aportaciones al Instituto de Salud Carlos III, cerca del 2% de las ventas del sector en oficina de farmacia es destinado a financiar la investigación pública, favorecer el uso racional del medicamento, la cohesión sanitaria entre comunidades y la formación de los profesionales; o el proyecto BEST de excelencia en investigación clínica de medicamentos en España, impulsado desde hace una década por FARMAINDUSTRIA. Año a año, BEST fomenta la participación de nuestro país en proyectos de investigación clínica, y ya se han involucrado en él 45 compañías farmacéuticas, 50 hospitales, 13 comunidades autónomas y tres grupos de investigación clínica independiente.

Precisamente, el sector industrial farmacéutico necesita imprescindiblemente de un entorno favorable para desempeñar su actividad, que pueda acometer su reto emprendedor con acceso ágil a un entorno innovador, caracterizado por su cultura favorable al riesgo, por su gente y talento, así como por su voluntad y compromiso social. Y es que, más allá del conocimiento necesario para desarrollar un fármaco seguro, efectivo y de alto valor clínico se requieren, de media, siete millones de horas de trabajo, el desempeño de 4.000 personas en un año con una jornada laboral normal. En total, un laboratorio tarda de media entre 12 y 13 años en desarrollar y llevar al paciente un nuevo medicamento o vacuna. Y con un considerable riesgo operativo, puesto que solo 3 de cada 10 medicamentos comercializados generan ingresos globales que superan los costes medios de I+D. Pero todos esos esfuerzos merecen la pena si finalmente se consigue una molécula que aporta soluciones y genera mejoras sustanciales en la salud de los enfermos, con la lógica

favorable repercusión económica que debe representar para el impulsor del proyecto, al menos, lo suficiente para incentivar la continuidad de ese espíritu innovador. ¡El riesgo asumido debe merecer la pena!

Esas soluciones y mejoras se traducen en cifras incontestables, los medicamentos innovadores comercializados entre 2004 y 2009 fueron los responsables del 73% del aumento de esperanza de vida de 1,74 años, registrado en este periodo a nivel global.

En concreto, como ejemplo, la cifra de nuevos tratamientos disponibles contra el cáncer pasó de 15 a 129. En el mismo periodo, los supervivientes al cáncer solo en Estados Unidos crecieron de 4,57 a 11,7 millones de personas.

Otro caso llamativo es el del VIH. La aportación de las terapias antirretrovirales a mediados de los 90 redujo la mortalidad por SIDA un 90%. O los nuevos tratamientos contra la Hepatitis C, que están prácticamente erradicando la enfermedad con tasas de curación próximas al 1000%.

Y todo esto es posible también gracias al personal enormemente cualificado con el que contamos. Somos fuente de empleo de calidad y de empleo estable. Poniendo especial interés en este ámbito mediante la incorporación a nuestros equipos laborales del talento más joven y preparado, el que tienen los recién salidos de su formación universitaria, pero que son los llamados a protagonizar los hallazgos e innovaciones más importantes en el ámbito de las ciencias de la salud en las próximas décadas. Debemos revertir la tendencia de ver salir al exterior a los jóvenes más talentosos por falta de oportunidades en su entorno más próximo, y debemos conseguir que, si lo hacen, vuelvan con sus experiencias adquiridas y las reviertan en conocimiento.

La industria farmacéutica española da empleo directo a alrededor de 40.000 personas y genera otros 160.000 puestos de trabajo más, entre indirectos e inducidos. Además, nuestro personal presenta la mayor proporción de toda la industria española de dedicación a actividades de I+D. Alrededor del 12% de nuestros trabajadores se dedican a estas tareas.

También es una buena muestra de nuestro decidido compromiso con la sociedad la actividad que las distintas compañías farmacéuticas desarrollan en el ámbito de la formación, tanto interna –entre sus propios colaboradores– como externa –dirigida a profesionales sanitarios o representantes de pacientes.

Con respecto a los profesionales sanitarios, la industria farmacéutica ha asumido la responsabilidad de facilitar y participar en la formación continuada de médicos, farmacéuticos, enfermeros y demás trabajadores sanitarios del Sistema Nacional de Salud. En este ámbito, las compañías organizan y colaboran en la celebración de congresos científicos y otros eventos formativos para estos colectivos que permitan a nuestros profesionales sanitarios estar a la vanguardia de la Ciencia en el mundo.

Creemos en las alianzas y en el esfuerzo compartido para mejorar la salud de los ciudadanos y con ese objetivo

trabajamos codo con codo también con los farmacéuticos y otros agentes sanitarios. En esta línea, estamos poniendo en marcha un ambicioso proyecto para contribuir a mejorar la adherencia a los tratamientos y hacer así frente a un importante problema para nuestro sistema sanitario. Somos conscientes del riesgo en salud e ineficiencia económica que supone una deficiente cumplimentación terapéutica, pues asumiendo el grado de responsabilidad que nos corresponde, debemos aunar esfuerzos para atajar el problema y convertirlo en una verdadera oportunidad, poniendo al medicamento donde se merece, un activo de valor incalculable, que vela por la salud y que resulta disponible gracias al esfuerzo de todos.

Debemos trabajar para que la sociedad comprenda el valor que tiene un tratamiento y la enorme importancia de cumplirlo de forma completa para lograr, por un lado, los objetivos terapéuticos potenciales que tiene el medicamento y, por otro, asegurar el mejor uso de los recursos sanitarios y, en definitiva, contribuir a mejorar la eficacia y eficiencia de nuestro sistema. Es una magnífica oportunidad para que farmacéuticos de oficina de farmacia e industria trabajemos conjuntamente para poner en valor la contribución del medicamento mediante la promoción de su uso responsable.

Y todas estas relaciones que mantenemos con otros colectivos del entorno sociosanitario (pacientes, profesionales, instituciones) debemos desarrollarlas de acuerdo a los más elevados estándares de ética y transparencia. Por eso, desde 2002, la industria farmacéutica innovadora española se rige por un sistema de autorregulación, reflejado en nuestro Código de Buenas Prácticas, que desde el año pasado tiene una nueva versión que hace especial hincapié en transparentar las relaciones de los laboratorios con profesionales y organizaciones sanitarias.

Es una prueba de la mejora continua del sector con los mayores niveles de exigencia ética y de responsabilidad para reforzar más la confianza de la sociedad en el sector sanitario. Esta iniciativa, que probablemente no tenga precedentes en ningún otro ámbito industrial, demuestra que este sector se adecúa a los tiempos y exigencias actuales, y corrobora que se trata de uno de los más comprometidos con su entornos y actividad.

No quisiera tampoco dejar de resaltar que nuestro compromiso y responsabilidad con la sociedad española se ha hecho notar especialmente en los últimos años en el ámbito de nuestra aportación a la sostenibilidad del sistema sanitario público.

Todo el sector farmacéutico, no solo la industria, también las farmacias, ha dado muestras sobradas de su lealtad hacia las Administraciones Públicas, soportando, en los años más duros de la terrible crisis económica que hemos vivido, un tercio de toda la reducción del gasto sanitario público ocurrida entre 2009 y 2013. La factura farmacéutica en oficina de farmacia se ha reducido un 26,4% (3.400 millones de euros al año) desde mayo de 2010, situando el gasto per cápita a niveles de 2003 y por debajo de la media europea en diversos indicadores. Los

trastornos ocasionados por este terremoto serán difíciles de digerir, hemos perdido talento, hemos reducido el gasto en I+D, tanto interno como externo, hemos cerrado instalaciones, las compañías nacionales han perdido fuelle expansivo; en definitiva, hoy somos menos competitivos, pero, a pesar de ello, ni mucho menos perdemos la fe y, más aún, no dejamos de promover optimismo, y creemos en nuestras fortalezas para continuar respondiendo a nuestra misión y también cumplir con aquello que la sociedad espera de nosotros, que no es otra cosa que aportar nuevas oportunidades terapéuticas y soluciones para que estas oportunidades lleguen a los pacientes.

Porque se avecina una época de gran progreso en la terapia medicamentosa; las nuevas tecnologías biomédicas van a incrementar el actual arsenal terapéutico con innovaciones radicales que van a proporcionar un salto muy relevante en materia de salud. La industria se siente comprometida con la sostenibilidad financiera de los sistemas de salud y está trabajando responsablemente buscando soluciones para que el acceso de los ciudadanos a estos tratamientos sea el adecuado.

En estas circunstancias, nuestro sector ha apostado decididamente por favorecer la evolución del sistema sanitario público hacia un modelo imaginativo y vanguardista en el que, poniendo todos de nuestra parte, seamos capaces de responder satisfactoriamente a los grandes retos que se avecinan. La sostenibilidad del modelo actual de atención sanitaria está seriamente en cuestión, por su escasa financiación, compleja estructuración, débil retribución, escasa incentivación y muchas ineficiencias; sin embargo, y tal y como ya he apuntado, milagrosamente nuestro sistema sanitario hoy sigue siendo de un gran nivel, pues gozamos de grandes activos para, repito, ser optimistas.

Llevamos ya un tiempo trabajando con el Gobierno, en la elaboración de un marco de estabilidad que permita responder a los grandes retos en materia de atención farmacéutica, su calidad y acceso, su racionalización y financiación, mediante la plasmación de un Protocolo de Entendimiento, basado en identificar aquellos elementos clave de recuperación para nuestro sector empresarial en materia de innovación, empleo, industrialización y exportación, para ser valorados y promovidos, de tal manera que sean respetuosos y, por tanto, concilien con las expectativas presupuestarias.

Estos meses de trabajo conjunto nos demuestran y confirman la oportunidad única del rol tractor que nuestro sector puede y debe aportar al país para su pronta recuperación y, más aún, de su capacidad para acercarnos a un modelo más competitivo de la industria del conocimiento, nuestro gran reto social para este siglo XXI.

Me gustaría pensar que cada vez son más los que ven a la industria farmacéutica innovadora como un sector valiente formado por miles de hombres y mujeres para los que el futuro no es una quimera inalcanzable ni les genera miedo a lo desconocido, sino que constituye una evidente oportunidad de mejora y crecimiento. Esa valentía, esa apuesta por el futuro, está implícita en nuestra actividad

natural, la investigación y desarrollo de nuevos fármacos, terapias aún no conocidas, quizás ni siquiera imaginadas, que están llamadas a curar enfermedades que hoy no tienen solución, y a mejorar la calidad y la duración de la vida de millones de personas contribuyendo así a la construcción de una sociedad más sana, más avanzada y más equitativa.

Con ese espíritu pionero, innovador y atrevido afrontamos el futuro más cercano, con ganas de crecer, de aportar y de ofrecer soluciones a la sociedad española tanto en el ámbito de la salud como en términos de generación de riqueza, porque estamos convencidos de que todavía tenemos mucho que ofrecer. Es un compromiso social que no podemos eludir ni ignorar. Está en nuestro ADN. Muchas gracias.